

El mensaje a las siete Iglesias

Exégesis de Ap. 1.9 - 3.23

DANIEL BONILLA RÍOS*

INTRODUCCIÓN

En este artículo nos referiremos brevemente a la visión de Juan cuando se encontraba en la isla de Patmos. La visión del Cristo resucitado es el punto de partida, es el lugar de encuentro entre el vidente y Dios, donde se da a conocer el mensaje del Espíritu de Dios para las siete iglesias de Asia. Los mensajes dirigidos a las iglesias señalan características muy especiales de cada una de ellas. Es en medio de la situación concreta de cada una de las iglesias, que el Hijo del hombre pronuncia su voz: “¡El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias!”

*Daniel Bonilla Ríos es estudiante en la Escuela de Ciencias Bíblicas de la UBL.

1. LA VISIÓN: CRISTO RESUCITADO

En la visión preparatoria (Ap 1.9-20), el autor se presenta a sí mismo como hermano de los destinatarios. Esta hermandad se da en virtud de que todos están unidos a Jesús, y también porque, al igual que muchos creyentes de Asia, es perseguido o, cuando menos, es amenazado por la persecución.

Juan está en Patmos, y la tradición es bastante unánime en cuanto al exilio en este islote debido a su vida cristiana y a su predicación del Evangelio. Esta isla está formada por tres colinas, y tiene como 60 km de costa que dan hacia Asia. Si el autor se acomoda en una de esas colinas, mirando hacia el oriente, lo que verá serán las siete iglesias como un amplio anfiteatro. Al decir que el Espíritu lo arrebató, a lo que está aludiendo es al espíritu de profecía que cae de pronto sobre él. Esta irrupción tiene lugar en el día del Señor, *i.e.*, lo que para nosotros sería un domingo.

El vidente es interpelado por una voz que resuena a sus espaldas, como para sorprenderlo aún más. Y es que Dios interviene a menudo allí donde menos se le espera. De la voz se dice que es fuerte, como una trompeta. Esto es buena señal. En Apocalipsis, si se dice que una voz es fuerte es porque anuncia buenas noticias. La voz resuena como una orden a favor de las iglesias de Asia. El vidente debe escribir a cada una de ellas lo que ve, para que cada una tenga una garantía y una referencia en el caos en que viven

Juan reacciona ante esta voz de manera natural: se vuelve para ver. Solo que quiere ver la voz: esto resuena como referencia al pacto del Sinaí (Ex 20.18; el hebreo dice que el pueblo vio la voz). Pero la voz de Dios puede ser vista (la palabra escrita), en especial a partir de la encarnación (la Palabra que es Cristo).

Lo primero que ve Juan es siete candeleros, que representan a las iglesias. Hay que entender que estos candeleros están encendidos, y

su principal función es alumbrar. Estas lámparas son los ojos de Dios vigilante y se encuentran unidas en la diestra de Cristo.

*La visión... El
Hijo del hombre,
que comparte la
gloria de Dios.*

Por fin aparece el personaje que habla. No es un hijo de hombre, sino alguien que se le parece y es comparable a uno. O sea, se parece a un ser humano pero no lo es. Este ser ha sufrido y ahora comparte la gloria de Dios. En él están personalizadas las iglesias que conforman su pueblo.

La representación que se da de él parece difusa (pasa de un lado a otro del cuerpo, casi que sin orden), pero tiene una organización muy conocida en aquella época. Se conoce como disposición concéntrica o quiástica. Veamos:

- A La túnica: sacerdocio
- B El ceñidor: poder real
- C La cabeza: eternidad
- D Los ojos: conocimiento perfecto
- E Los pies: estabilidad
- D' La voz: mensaje divino
- C' La mano derecha: unidad de las iglesias
- B' La boca: palabra exigente y decisiva
- A' El sol: felicidad

En medio de las turbaciones de la persecución, Cristo se presenta a las iglesias como una referencia estable y firme (E). Las iglesias no tienen que preocuparse: el Resucitado está en medio de ellas, con soberana majestad y con autoridad que trae calma.

Por otro lado, él es intercesor por cuanto es sacerdote supremo (A), lo cual es una promesa de felicidad a su pueblo (A'). Si, además, él es rey (B), puede hablar con autoridad, exigiendo de su pueblo

ciertas condiciones y trayendo bienaventuranza (B'). La eternidad (C) garantiza la permanencia de la unidad de las iglesias, que la mano derecha (símbolo de poder) conserva (C'). Si Cristo puede hablar con amor y firmeza a las iglesias es porque las conoce perfectamente (D). La palabra que se pronuncie no será la de cualquiera, sino que tendrá la fuerza de Dios (D'). No será, pues un murmullo, sino un ruido oceánico que calle las voces anatemas que vienen de Roma.

Ante esta visión, Juan cae como muerto a los pies del Hijo del hombre. Esto puede significar dos cosas no excluyentes: (1) le adora; (2) es símbolo de la muerte y resurrección espirituales, necesarias para comprender y hacerle caso a la revelación que se va a dar.

“No temas” es la fórmula clásica para tranquilizar a los que reciben una manifestación de Dios. El interlocutor se presenta como el primero (de los resucitados) y el último (que murió solo con una esperanza; ahora gozamos, no de esperanza, sino de garantía). Por consiguiente, es el Viviente por excelencia. Esto implica que la muerte y el lugar donde esta reside (Hades) están vencidos, y Cristo posee las llaves (el dominio) sobre ellas. En este contexto debe escribir “lo que hay ahora y lo que vendrá después”. Lo que ahora hay es persecución, y lo que vendrá es una revelación sobre la historia.

Las estrellas son un tanto misteriosas en su simbolismo: son los ángeles de las iglesias. Los ángeles cumplen tres funciones: son mensajeros de Dios e interpretan su mensaje, son notables de la corte celeste y son guardianes tutelares de los seres humanos. Representan, aquí, la presencia de la iglesia en la eternidad de Dios. La iglesia vive una historia en la tierra, pero su culminación está en otra esfera, en el cielo. De allí que se tome un símbolo celeste para representarla. A esto se referirán las cartas; son interpelaciones en función del destino que les está prometido en el Cielo.

2. EL MENSAJE A LAS SIETE IGLESIAS

Las iglesias distan unas de otras como unos 75 km. Estaban unidas entre sí por calzadas o caminos romanos. No todas las iglesias eran prominentes o importantes en la provincia. Pero estas siete iglesias estaban bien comunicadas unas con otras por esos caminos ya mencionados. Además, el siete, número simbólico, permite que puedan verse representadas los diversos tipos de iglesias que existen. Ese mismo número apunta también a la totalidad de las iglesias.

Las cartas comparten un esquema común, tripartito. En forma gráfica:

- a. Envío y título del que dicta el mensaje (tomado de la visión preliminar)
- b. Cuerpo de la carta (pone de relieve virtudes y defectos; también hay exhortaciones)
- a', Conclusión doble: (1) al que oye; (2) promesa (también doble) al vencedor

Esta estructura nos revela varias cosas. Que sea tripartita nos invita a pensar que es palabra divina (el tres es número simbólico de la deidad). El que envía y posee el título es el mismo que promete, por lo que podemos concluir que esas promesas son fieles, verdaderas. El cuerpo de la carta tiene como función corregir, no destruir. Por la extensión de este ensayo, no podemos entrar en detalles de las enseñanzas que podemos extraer de cada una de las cartas. Permítasenos resumir las conclusiones a las que hemos llegado, respecto del tema que ahora nos ocupa.

La iglesia de Éfeso (Ap 2.1-7) parecía irreprochable a los ojos del mundo. Pero no para su Cabeza. Tenía todos los elementos exteriores que le permitía identificarse como una iglesia cristiana: buena enseñanza, hacía buenas obras, no estaba ensimismada, no escati-

maba esfuerzos en su proyección social y tenía una posición estratégica y privilegiada entre las iglesias de Asia Menor. Todo ello, motivo de orgullo para muchos, no hace de Éfeso una auténtica iglesia a los ojos del Señor de Iglesia. La hace parecer más un taller de caridad que una iglesia. No es que lo anterior fuese malo, sino que la rutina no puede prevalecer sobre el amor. Enviar un cheque para ayudar a los pobres, aunque sea mensual e inmenso, no puede nunca reemplazar una visita, llena de amor, a esos mismos hermanos. La iglesia de Éfeso tiene sus virtudes y sus lagunas; ¿no somos nosotros efesios?

Nótese que no se le pide a ningún miembro de la congregación que salga de ella. Más bien se les invita a que trabajen para llevarla a cumplir su destino, que culminará en el Cielo. El estado de esta iglesia no es mortal; existe aún la posibilidad de éxito. Es necesario que se viva en ella el mismo amor que le dio vida. La amenaza que se le hace no es de extinción, sino de remoción del primer lugar. Éfeso está minando su propio fundamento y debe actuar para remediar tal situación. Pero también debe escuchar lo que el Espíritu dice a las otras iglesias.

Antes que ser una iglesia pobre, Esmirna (Ap 2.8-11) fue iglesia de pobres. Estaba lejos de la clase dominante, más aún cuando muestra poco afecto a la diosa Roma. La persecución era inevitable, especialmente por el trabajo de los judíos, que gozaban de muchos favores de Roma. La sinagoga se convierte en una antiiglesia, en comunidad del Acusador, y pondrá en alerta y acción a todo el Estado en contra de la pequeña iglesia. “Conozco” significa que Jesús ya pasó por lo mismo que estará pasando la iglesia de Esmirna. Él sufrió la malicia de los seres humanos, así como la sufrirán los hermanos de Esmirna. Los “diez días” significan un tiempo indeterminado pero corto, y Dios proveerá las garantías para soportar. La iglesia de Esmirna no tiene más que mostrar su

*Las iglesias
deben escuchar
lo que el
Espíritu les
está diciendo.*

fidelidad a Cristo, su Cabeza. La iglesia se prepara para probar la vida de Dios, a quien está asociada.

La carta a Pérgamo (Ap 2.12-17) no es dura, pero sí firme. La comunidad tiene una fe sólida y la manifiesta en un medio que le es hostil. Esta fe no es un mero acto intelectual: es entrega total y acción. Lo que falta es la verificación doctrinal de esa fe: no basta con detestar las obras de los nicolaítas; hay que denunciar la herejía y la falsa teología. Esta carta nos muestra que, en el Apocalipsis, la única relación que debe guiar los pasos de la iglesia es la relación que esta mantiene con lo celeste, nunca la que mantiene con lo secular.

La carta a Tiatira (Ap 2.18-29), central en su posición, nos presenta a Cristo como Hijo de Dios. Es el título supremo de Jesús en cristología. La iglesia presentaba un serio problema: la usurpación del Espíritu Santo. Este problema se presentaba en dos facetas:

- a. Se llama al Espíritu para defender y extender prácticas contrarias a las Escrituras;
- b. Se le llama para buscar conocimientos esotéricos que solo sirven para satisfacer la curiosidad y que, a la larga, desvían del verdadero conocimiento de Dios.

Una de las perversidades más grandes consiste en solicitar la ayuda de Dios para hacer cosas anticristianas.

Solo el Espíritu de Dios puede dirigir a las iglesias a su culminación celestial. Fuera de él no más que antiEspíritu. Algunas comunidades cristianas sienten la necesidad de coquetear con otros espíritus que no son el de Cristo.

Los cristianos deben someterse solo al Espíritu Santo, y discernir entre él y los usurpadores, los falsos espíritus. Estos pueden distinguirse porque, con el tiempo, padecen de esterilidad. El Espíritu de Dios es inspirador de buenas obras, de vida y de poder. Además,

los cristianos deben iluminar con la luz de Cristo para que se disipen las tinieblas de los antiespíritus. La iglesia debe ser fuente de estabilidad, poder y luz. Debe proveer espacio para el autoexamen, y debe ser un Cuerpo. Ella será juzgada por los actos que practique y fomente.

La carta a Sardis (Ap 3.1-6) nos parece la más dura. También es la que expresa con mayor profundidad el misterio de la Iglesia: “guardar” la fe auténtica que fue entregada por la predicación apostólica, y transmitirla sin mancha.

En la carta a Filadelfia (Ap 3.7-13) no se menciona lo que ha hecho esta iglesia, sino lo que Cristo ha realizado por ella. Esta congregación era pobre social, económica y numéricamente. Carecía de poder, y los cristianos de ella no lo piden: aceptan el hecho de no contar. Los pobres no disponen de dinero para preocuparse de cosas nuevas, y la iglesia de Filadelfia se contenta con guardar lo que siempre había tenido: la Palabra de Dios. A ella es fiel.

Esta simpleza le garantiza el amor de su Señor, y esto le da la fuerza para cumplir con su cometido, teniendo resultados espectaculares, a juzgar por los medios. Si la iglesia se mantiene firme, nadie podrá arrebatarle su corona. En la hora del mal, Cristo la guardará. Pobreza y fidelidad hacen una iglesia fructífera en las misiones. Esas características son base sólida e inquebrantable del templo de Dios. Allí serán recibidos los que hayan aceptado la inseguridad asociada a la conservación y predicación del Evangelio.

A Laodicea (Ap 3.14-23) se le dice que es orgullosa, que está satisfecha consigo misma y que esto la ha llevado al conformismo. Esa actitud constituye la pobreza real de esta iglesia: no hay espacio para la esperanza, no tiene hambre porque está satisfecha. Es tal su indiferencia, que Cristo va a rechazarla con repugnancia (vómito).

¿Cómo juzgarían a esta iglesia los hermanos de otras congregaciones? De manera condenatoria, casi sin lugar a dudas. Pero no es

lo que Cristo hace; él no apaga la llama de esta congregación, ni la retira de su lado. Por el contrario, al hablarle dice que su Espíritu sigue presidiendo la iglesia. No hay iglesia a la que Cristo no ame.

Hay un llamado a que la llama vuelva a arder. Debe recuperar su esperanza, su expectativa, su necesidad. Lo que hace no debe redundar en autosatisfacción, sino que debe servir para comprar de Cristo lo que le hace falta. Para mostrar el camino de esa conversión, el Señor se pone en posición de mendigo. Los cristianos de Laodicea deben recurrir a la eucaristía para recordar lo que ella significa para Dios y para las personas. Allí, los humanos nos vemos en nuestra verdadera condición, y recurrimos a Aquel que puede trastocarla. Mientras se da esta conversión, nadie debe atreverse a tocar esta iglesia, pues está destinada a sentarse en el trono con Cristo. ¿Dudará alguien de que, cuando sea el momento apropiado, los juicios de Laodicea estén llenos de misericordia?

CONCLUSIÓN

Una frase resuena en todas las promesas: “al que venciere”. Vencer aquí no debe tomarse en el sentido triunfalista que hoy prevalece. Vencer, en este septenario de cartas y en el Apocalipsis, tiene que ver más con la fidelidad a Cristo que con salir airoso en todas las empresas.

Así, vivir en iglesia no es salir huyendo de ella cuando se enfrenta adversidad, apostasía, polarización o la falta de amor de algunos de sus miembros. Es luchar para que la llama del Espíritu, la luz de la estrella que está en la mano del Resucitado, no se apague. Es dejar que el Señor de la Iglesia se mueva libremente entre nosotros, haciendo su voluntad. Es mantenerse fiel a Aquel que nos llama a caminar por la senda de la vida.
